

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN.

Pesetas Cts

Islas Baleares, trimestre. 1'25
 Provincias, idem. 1'50
 Ultramar y Extranjero. . . 3
 Número suelto. . . 0'10
 Todos los pagos anticipados

ADMINISTRACIÓN

Conquistador, 30.

La Tradición

PERIÓDICO CATÓLICO MONÁRQUICO

PUNTOS DE SUBSCRIPCIÓN

En la Administración y en la
 Librería de los Sres. Amengual
 y Muntaner, Cadena

ANUNCIOS

En la 4.ª plana a precios re-
 ducidos.

REDACCIÓN

Constitución, (esquina S. Jaime)

—❖ DIOS ❖—

—❖ PATRIA ❖—

—❖ REY ❖—

¡VIVA ESPAÑA!

En momentos supremos y de indecible prueba para nuestra querida Patria, cuando la *gorrinería* yankee acaba de lanzar con su ridículo *ultimatum* el más pedantesco reto á nuestra dignidad y á nuestro indiscutible derecho colonial, es cuando todos los españoles que de tales se precien hemos de juntarnos en apretado haz para declarar la guerra al extranjero que nos insulta, para hacer morder el polvo á los mercachifles de los Estados-Unidos que nos difaman y nos provocan, para proclamar muy alto á la faz del mundo que la bandera gualda y roja primero sucumbe con el último español y con el postrer pedazo de esta brava tierra antes que tolerar imposiciones ni ingerencias de nadie.

A estas horas, si no sigue prevaleciendo la política de las humillaciones que con escarnio de nuestro buen nombre han empleado hasta hoy los desdichados gobiernos liberales, ya retumbarán el espacio los cañones haciendo gallardo alarde de que en la noble patria de Numancia, de Sagunto, de Zaragoza y de Gerona, como dice oportunamente nuestro Augusto Jefe Don Carlos, poco importan las casas, las vidas y las haciendas, sino que lo que importa es nuestro honor, el honor español, que lo mismo se salva venciendo que muriendo.

¡Lástima grande que cuando nuestro heróico y sufrido Ejército se apresta con tanto entusiasmo para la lucha, no pueda un egregio caudillo y rey guerrero de veras conducirlo á ella dando pruebas de ser el primer soldado, así como también en tiempos de paz sería el primer ciudadano; sin embargo, la patria es para nosotros después de Dios, y pues Dios y la Patria lo quieren, sea el caudillo que sea cuente con los brazos carlistas para pelear en defensa de aquella al grito único de ¡Viva España! ¡Abajo el extranjero que nos insulta! ¡¡Guerra á los cerdos yankees!!!

Y sea el saludo de todo buen español á nuestros bravos soldados: ¡Viva el Ejército Español! ¡Que el Dios de los Ejércitos, que la Inmaculada Concepción, la invicta y gloriosa Patrona de nuestros tercios, les proteja y les de el triunfo que todos anhelamos!

LA REDACCIÓN.



D. GABRIEL J. LLOMPART

Con grandísima sorpresa y dolor, acabamos de saber el repentino fallecimiento en Barcelona de tan estimadísimo amigo nuestro, colaborador constante de LA TRADICIÓN y paisano distinguido. Dicha muerte ocurrió, como hemos dicho, en la vecina ciudad condal (en donde desde la terminación de la última campaña carlista residía nuestro amigo) el domingo próximo pasado, poniendo término con ella á la pertinaz dolencia que tenía hace tiempo quebrantada la salud de nuestro querido amigo el entusiasta capitán de zuavos y teniente coronel de infantería del ejército carlista. Tal noticia impresionará sin duda á nuestros amigos, entre los que era muy querido el finado por sus dotes personales, y sobre todo por su lealtad á la causa carlista. Desde muy joven dejó su país natal, Palma de Mallorca, y con una recomendación del señor Obispo de la diócesis ingresó en el ejército Pontificio, defendiendo con tesón los derechos del Papa. Peleó de cabo en la compañía de zuavos que mandaba el infante don Alfonso de Borbón, habiendo sido uno de los españoles que más se distinguieron en la memorable defensa de la Puerta Pia. Luego al estallar la última guerra carlista alistóse á las órdenes de Savalls, y pasó después de asistir á varias acciones al célebre batallón de zuavos carlistas, que tantos lauros conquistó bajo la dirección del hermano del augusto señor Duque de Madrid. Por sus cualidades fué teniente ayudante del batallón hasta que ascendió á capitán, mandando la quinta compañía. En todas las acciones distinguióse por su bizarría, mereciendo por su brillante comportamiento el grado de teniente coronel. En Alpens, Igualada, Puigcerdá, Manresa, Vendrell, y en los hechos de Berga y otros innumerables acreditó su valor y mereció varias condecoraciones. De gran educación militar conocía perfectamente el arte y había escrito mucho sobre táctica y estrategia. El infante don Alfonso, que le distinguía mucho, se dignó apadrinar á uno de sus hijos. Su entusiasmo político corría parejas con el religioso, pues el señor Llompart era un católico fervoroso y práctico que edificaba con su conducta.

¡Que el Señor se haya dignado recompensar á su alma con la gloria eterna! Suplicamos á nuestros amigos unánimes oraciones á las nuestras para lograr de Dios su eterna bienaventuranza.

LA TRADICIÓN envía á la virtuosísima señora esposa del finado y á sus afligidos hijos, como también á la apreciable familia que tiene en Palma, la expresión de nuestro sentimiento.—R. I. P.

EPISODIO DE LA ÚLTIMA GUERRA

No cabe duda que se ignoran aún muchos de los episodios de la última guerra carlista, de los cuales, unos irán á la sepultura con las personas á quienes les cupo en suerte ser los héroes de ellos (por no saber escribir los interesados), otros porque su modestia no les permite darse á conocer, y otros, en fin, que, aunque almacenados, irán saliendo poco á poco, pues si fueran á relatarse todos de una vez, llegarían á ser interminables.

Hoy me toca á mí, que no obstante mis pocos escrúpulos en eso de ser conocido, ocultaré mi nombre del mejor modo posible, y así, sin ser modesto, tampoco dejaré de serlo.

Como la mayor parte de los voluntarios que formaron en las filas carlistas, aproveché una oportunidad, desaparecí de la casa de mis padres sin mirar si les causaba disgusto ni alegría, y con un primo mío y otro amigo tomé pasaje en un vapor y salí del puerto de Valencia con rumbo á Barcelona á mediados de Abril de 1873.

Llegué á la capital del Principado sin un céntimo, y pude dormir en una fonda gracias á dos pesetas que le quedaban á mi amigo I. T., pues los diez reales que constituían mi capital al salir de casa, mi primo se dió mañas para sacármelos, dejándome en tan triste estado en una población como Barcelona en donde á nadie conocía.

Pero la Virgen Santísima, de quien era devoto, y á quien, besando mi medalla de seminarista, me encomendé, guió nuestros pasos, y á fines de dicho mes formábase en la 5.ª Compañía del 3.º Batallón de Barcelona al mando de D. Martín Miret.

Poco acostumbrado á la vida de campaña, pasé los dos primeros meses tan amargos que, para no desmayar, para no darme por vencido, necesitaba de todo el amor que profesaba á nuestra bandera, y él solo, digo, me prestaba el valor necesario para seguir el camino que con fé ciega había emprendido abandonando comodidades y porvenir.

Yo llevaba siempre á mi lado á mi querido I. T., el cual, más afortunado, hacía las pesadas marchas con una agilidad envidiable; pero llegó el día 12 de Junio de 1873 y el referido I. T. cayó herido, considerándome huérfano desde aquel momento, puesto que él se interesaba por mí, más que como amigo, como un hermano.

Solo, sin conocer á nadie, pues otro amigo, S. B., había sido también herido, seguí en mi puesto, pero con el alma embargada por el pesar que me causaban aquellas desgracias.

A los seis días de mi soledad comencé á sentirme molesto por un divieso en la planta de un pié, y ese mismo día necesité de un bagaje para continuar la marcha, en cuya disposición anduve hasta el 20 de dicho mes, ocho días después de separarme de mis amigos.

Llegamos á Fonollosa, pueblo del Distrito de Manresa, y allí dispuso mi baja por enfermo D. José M.ª Vila, Capitán de mi Compañía y quedé interinamente en casa del Médico del pueblo para ser llevado luego á una solitaria que

hacia las veces de hospital del que entonces carecíamos.

Como el dolor que sentía en el pie era intenso y no me había dejado dormir en las dos noches anteriores, rehusé la invitación que me hicieron para que comiera con el doctor, rogando se me facilitase un sitio donde poder descansar.

Tendieron sobre un montón de paja una limpia sábana, me acosté, y pudiendo más el sueño que el dolor quedé profundamente dormido.

Ignoro lo que pasó mientras yo dormía, sólo sé decir que desperté á los puntapiés que un *cipayo* me estaba dando.

El asombro que me produjo la vista de aquel hombre pasó pronto, pues quisiera sin duda la Santísima Virgen que yo considerara á aquel *cipayo* como un carlista, en atención á que bastantes de los carlistas de Cataluña llevaban la *barretina* del país; pero no dejó de extrañarme que, por tercera vez, me pidiera el dinero, en vista de cuya terminante intimación, que fué acompañada de una horrible blasfemia; hice entrega de mis ahorros y los de mi amigo I. T. de que era depositario; y no bien hubo guardado mi portamonedas, apuntóme con su carabina, tiró..... y no obstante la bondad del armamento que usaban los *cipayos* y ser aquella la propia arma que según supe más tarde había dado muerte pocos momentos antes á un infeliz rezagado, el tiro no salió y quedé ileso.

La Virgen Santísima sin duda tocó el corazón de aquel hombre, pues, repuesto de su asombro, me dijo: «te perdono la vida;» palabras que continuamente resuenan aún en mis oídos.

Hízome levantar, obedeci como pude, me ató codo con codo con su faja, y quitándome cuanto llevaba en los bolsillos, me presentó á su jefe Cabrinety; al conducirme á la presencia de aquel jefe, el *cipayo* me libró de una muerte segura con la que me amenazaban sus dignos compañeros.

Al día siguiente fui conducido á Igualada y encerrado en la cárcel de aquella ciudad, en donde sufrí tres tentativas de asesinato antes de verme fuera de aquella prisión de la cual fui libertado el 17 de Julio, en cuyo día fué tomada Igualada por nuestras fuerzas á las órdenes de S. A. D. Alfonso de Borbón.

Estando todavía en la cárcel vino á visitarme una persona y me preguntó si en la cartera de bolsillo que me robó el *cipayo* llevaba alguna medallita; contesté afirmativamente, y entonces mi visitante me dijo que el *cipayo* refiriendo el caso de mi prisión á otros les decía: «Nunca había creído en Dios, ni en la Virgen, ni en los Santos; pero desde que cogí al dueño de esta medallita creo que la Virgen le salvó no dejando salir el tiro de mi carabina.»

La medallita era de Nuestra Señora de Moyá; la había adquirido en su Camarín pocos días antes de caer prisionero.

El *cipayo* nunca quiso soltar la medallita ni aún ofreciéndole dinero; ¿sería el ancla de su salvación?

Yo continué la campaña, y al cabo de un mes, me reuní de nuevo con mis amigos I. T. y S. B., heridos el día 12 de Junio.

A. T.

(Colaboración inédita de LA TRADICION)

MOVIMIENTO CARLISTA

La prensa y el Manifiesto de D. Carlos

Toda la prensa madrileña comenta muy favorablemente el manifiesto del Sr. Duque de Madrid; en toda ella, á pesar de las distintas y encontradas opiniones políticas, se juzga muy favorablemente el documento tan importante, y es que la voz del patriotismo halla eco en todos los corazones verdaderamente españoles.

El alma nacional ha encontrado lo que deseaba, ha encontrado un intérprete que exprese fielmente sus ideas; y el pueblo español, el caudillo que tanto anhelaba, ha encontrado en una palabra

al hombre que hace falta, el hombre que España necesita, el hombre que al grito de ¡viva España! ofrece á los valientes y leales el honor y la gloria, á los cobardes y traidores la metralla y la muerte.

En la imposibilidad de dar cabida en nuestras columnas, como deseáramos, á los juicios de toda la prensa, nos limitamos por hoy á copiar lo que respecto de tal documento dice *El Nacional*:

«EL MENSAJE DE VENECIA»

La carta de Don Carlos de Borbón al diputado por Estella, rompe con brisas luces de esperanza las negras tinieblas que oscurecen el horizonte de la Patria. Denunciado ya el notable documento, no podemos contener, á pesar de esto, nuestro deseo de difundirlo. El puede ser espuela que avive los sentimientos de la dignidad en nuestro desdichado Gobierno, pues más que amenaza de guerra civil, parece gallarda advertencia para precaverla y noble sacudida del espíritu nacional dormido entre las vergüenzas del ultraje.

A las instituciones actuales deja el desterrado de Venecia la primacía de conducir nuestro pueblo por los caminos del honor. Cuando Don Carlos se adelantase por las tierras de Castilla á reivindicar sus ciertos ó pretendidos derechos, no sería para arrebatar la bandera española de manos que la tremolaban sino para recogerla de entre el fango de las calles y restituirla en el altar de la Patria.

Sentimientos tan caballerescos, tan españoles y castizos, claro es que habian de mover la diligencia del fiscal de S. M.; pues venga de donde viniere, de entre las masas del pueblo ó de las lejanías del destierro, suena como grito sedicioso en las alturas del Gobierno el grito de ¡Viva España!

A él respondemos nosotros llenos de fervoroso entusiasmo, lo mismo viniendo de la Majestad caída que si viniera de la Majestad triunfante, y acaso mejor de aquella que se alza caballescamente y altiva entre los perfumes de la desgracia.

Esperemos, esperemos que suban á la altura los latidos del llano y surja del palacio de Oriente el suspirado estremecimiento de la vergüenza nacional. Mas si todo permanece en silencio, si la lista civil es antes que el pueblo que la paga, si se ensancha más el abismo entre la patria y el trono, ¡ah! entonces volvamos la vista con ansias de consuelo hacia aquel palacio de Loredán, de donde vienen hoy tan hermosas palabras á levantar el fatigado espíritu y á refrescarlo con oleadas de sano españolismo.»

A continuación de estas frases, tan expresivas como nobles del estimado compañero, copia «El Nacional» íntegro el Manifiesto de Don Carlos, con el deseo de que conste ese documento incomparable en sus columnas.

El Manifiesto, con su españolismo enérgico y valiente, ha caído sobre el enclenqué gobierno como una bomba.

La opinión, sin distinguos de bandería política, elogia el documento del Augusto Desterrado de Venecia.

El mismo *Imparcial*, eco dulcísimo del Palacio de Oriente, decía apropósito del documento de Don Carlos:

«El manifiesto fué anoche objeto de todas las conversaciones. Es dicho manifiesto un documento de intención, de habilidad y de cuidado. La nota patriótica se da en él con franqueza y valentía.»

Sin flores de trapo, sin huecas declamaciones de las que fingen un ardor que no se siente, empléase un simil que es terrible para el gobierno. D. Carlos amenaza con ser para este lo que eran para las tropas propensas á abandonar su puesto los cañones, que, cargados con metralla, se emplazaban á espaldas de las mismas, prontos á disparar si aquellas intentaban desbandarse.

A que los carlistas se coloquen así en posición gallarda da lugar la política exterior de vacilaciones é incertidumbres practicada por nuestros gobernantes. En la galería—y dicho se está que en casos semejantes «galería» es la mul-

titud—el efecto es seguro. Todo ello encierra un verdadero peligro.»

En igual sentido que *El Imparcial* comentan otros diarios liberales el manifiesto de Don Carlos, lo cual evidencia que la política del gobierno en el problema colonial por pésima deja á sus autores en un completo aislamiento.

Y evidencia sobre todo que España va con el corazón leal que ensalza nuestro valor y protesta enérgicamente de la ruindad de nuestros enemigos, y vuelve la espalda á los que para mantenerse en el puesto que el deber patrio les señala, y frente al peligro, será necesario emplazarles detrás las baterías españolas cargadas de metralla.

Y es que esto se va.

Desde que *El Correo Español* publicó el incomparable Manifiesto del Señor Duque de Madrid, el gobierno, ébrio de ira, ha vuelto á distinguir á este periódico con sus denuncias.

Sin duda piensa que la culpa de sus desatinos la tiene la voz patriótica de la prensa que refleja los sentimientos de España, doblemente injuriada por las groserías de los Estados Unidos y por las cobardes tropelías del gobierno.

Y se ha propuesto ahogar esa voz atropellando periódicos, de la misma manera que en la plaza pública ha estado atropellando ciudadanos. Y es de notar una cosa importantísima. El gobierno no se mete jamás con «El País» ni con «El Progreso» cuando atacan la religión, ni cuando socavan los cimientos de la sociedad con sus doctrinas; pero ¡que se guarden de descubrir las hipocresías oficiales y de molestar á la regencia!

Y basta por hoy.

El señor Barón de Sangarrén

Hablando «El País» de la visita que hizo á los presos en la Cárcel Modelo durante las manifestaciones de estos días, dice lo siguiente refiriéndose á nuestro querido amigo el Sr. barón de Sangarrén:

«Se dirigía dicho Sr. hacia la Puerta del Sol sin tener conocimiento de que se celebrase manifestación alguna, porque de saberlo siendo español, desde luego hubiese formado en las filas de los que por el honor de España y la integridad de la patria protestaban de la conducta del gobierno.»

Desgraciadamente no lo sabía, y en el momento de ser detenido (de más está decir que groseramente) no conocía la causa de su detención: se vió envuelto entre los grupos, arrollado por los guardias, y cinco agentes de la secreta, cumpliendo las órdenes del gobernador, lo arrastraron, esta es la palabra, hasta el gobierno civil.

Fui tratado por aquellos borrachos como Jesucristo por los sayones nos dijo el barón de Sangarrén.

En el Gobierno permaneció hasta la tarde del lunes que fué conducido con otros varios detenidos á la Cárcel Modelo.

—Creo,—dijo el barón—que el Gobierno, en su afán de desvirtuar la manifestación del pueblo de Madrid culpando de su organización á partidos dignos como el republicano y el carlista, ha pasado la raya: Han sido detenidos liberales y conservadores, atropellados militares y periodistas, de modo que á pesar de los esfuerzos de Aguilera, en el ánimo de todos está que ha sido España entera la que, sin distinción de matices políticos, protesta de la conducta del Gobierno. Este si que no tiene ya color político, es un color demasiado sombrío.

He oído decir—añadió el barón de Sangarrén—que procurará el Gobierno, si tiene tiempo, dar largas al proceso, á fin de que con motivo del santo de D. Alfonso se nos indulte. Yo afirmo desde luego que no aceptaré esa gracia. No acostumbro á recibir favores de personas que no me han sido presentadas.

Nos despedimos del señor barón de Sangarrén, que nos agradeció las frases (justas, según nuestra opinión) que para él hemos tenido.»

CRÓNICA GENERAL

NACIONAL

La atmósfera esta cargada. El horizonte español huele á metralla y á pólvora. ¡Ay del gobierno si no cumple con su misión!

En *El Nacional* leemos y cortamos: «Decíamos el domingo: ¿Qué haría el Sr. Aguilera si viese una tarde que toda la calle de Alcalá estaba llena de oficiales del Ejército, desde el ministerio de la Guerra hasta la calle de Peligros?»

Y en efecto, para hoy estaba acordada esa manifestación sin voces ni banderas, pero elocuente en su mutismo.

Tan elocuente, que de los bravos generales Correa y Dabán se ha apoderado un terror pánico, manifiesto en prevenciones enérgicas y heroicas resoluciones.

Unos regimientos han salido á paseos militares y otros han sido acuartelados.

Se ha apercibido á todos los jefes y oficiales, distinguiéndose entre los apercibimientos el de cierto coronel, cuyo nombre por hoy omitimos, y que ha dicho textualmente á sus subordinados:

—Prohíbo á ustedes pasear de uniforme por la calle de Alcalá, en la inteligencia de que para todo jefe ú oficial que por allí vea vestido de uniforme pido un mes de arresto, «sin perjuicio de lo que le aticen de arriba».

¿Qué tal, queridos lectores?
¿La atmósfera va cargándose?

DE PALMA

El Sr. D. Jaime Vidal y Jaume, Presidente del «Club Velocipedista» de Inca, se ha servido invitarnos, por medio de atento B. L. M., á las carreras cíclicas que han de celebrarse el 22 de Mayo próximo en aquel pueblo, remitiéndonos también junto con el programa de las mismas varias solicitudes por si alguno de nuestros amigos desea inscribirse para tomar parte en las indicadas carreras.

Curiosidades republicanas:
—¿En qué se diferencian los del Kátipun y los manigueros, de vuestros oradores?

—En que aquellos exponen la piel para cobrar, y éstos quieren cobrar sin exponer la pelleja.

—Comprendido.

—¿Y qué diferencia hay entre los que arrojan bombas de dinamita y los que piden la revisión del proceso de Monjuich?

—La que existe entre los que representan un drama y los que los aplauden; sólo que en aquellos, los que hacen de público con fruición trocarían los papeles, si no fuera por las quiebras que trae el oficio.

—Conformes.

—¿Y cómo se explica que, según el decir actual de los republicanos, entre la gente de los Estados Unidos dominen los RUFIANES y los LADRONES, y según los elogios pasados de la gente del gorrofrigo á sus colegas yankees, era aquella una república modelo?

—¡Pues... por aquello del buen parecer!

—Enterados.

El Sr. D. Juan Montaner, dueño de los acreditados almacenes de pañería y novedades para señora y caballero establecidos en la calle del Sindicato, 2 á 10, nos participa haber recibido los géneros que procedentes de las principales fábricas españolas y extranjeras, acaba de recibir para las estaciones de Primavera y Verano.

Recomendamos dicho establecimiento.

Publicaciones Recibidas

LA LEYENDA DE ORO

La casa editorial de los señores González y C.ª de Barcelona han publicado los cuadernos 65 á 68 de la magnífica obra *La Leyenda de Oro*, que otras veces hemos tenido ocasión de recomendar, digna como es de figurar en todos los hogares cristianos. Acompaña á uno de dichos cuadernos una bonita lámina de Utrillo que figura á Nuestra Señora del Rosario.

Recomendamos nuevamente á nuestros lectores tan interesante obra.

DESASTRES FINANCIEROS

El Sr. D. Juan de Dios Blas, tan conocido en la prensa por sus concienzudos trabajos sobre cuestiones económicas y especialmente sobre presupuestos, déficits, deudas, acuñaciones de monedas y circulaciones monetarias y fiduciarias, etc., etc. (y otros asuntos importantes que tienen relación con la Deuda pública), acaba de publicar un interesante folleto con el título que antecede á estas líneas, y en el que trata, entre otras cosas importantes, el modo de unificar la Deuda pública de un modo fácil, sencillo y poco gravoso para la nación.

Recomendamos la lectura del folleto de referencia. Se vende á 2 pesetas ejemplar en casa de su autor, Humilladero, 19, Madrid.

VARIEDADES

LOS INFELICES

—No cabe negar—dijo un día cierto excelente sujeto al rico D. Pedro de la Piedra, que las riquezas son un don del cielo, y de los más señalados. En este mundo todo se vende, y, por consiguiente, todo puede compararse. Y hasta si me aprieta usted, le diré que también la bienaventuranza eterna es materia de compra.

—¿Cómo?—preguntó D. Pedro.

—¡Ah, sí!—respondió el sujeto—con limosnas se compra el derecho de entrar en la Gloria.

D. Pedro pensó mucho en esto, y al cabo se dijo:

—¿Para qué quiero yo ahorrar 80.000 duros todos los años? Soy viejo, no tengo hijos, mi único sobrino es un calavera imbécil que ansía mi muerte para diver-

tirse á mi costa... ¡Vaya! ¡vaya! Tengo de sobra, y sin grande esfuerzo, puedo comprar un asiento de preferencia en el Paraíso.

Y pensó en gastarse sus 80.000 duros en obras de caridad. Pero ¡no ahorrar nada! ¡Acabar el año con el último duro de sus rentas!

Después de mucho cavilar, resolvió gastar en limosnas la mitad de sus rentas íntegras, ó sean 50.000 duros. Así le quedaban á él otros 50.000; 20.000 para sus gastos de viejo sibarita, y 30.000 para meterlos en la cuenta corriente del Banco.

¡Cuántas lágrimas enjugó D. Pedro con aquellos 50.000 duros que anualmente distribuía! ¡Cuántos sinsabores, cuántas penas mitigó, cuántas ruínas evitó, á cuántos labró la felicidad terrenal! Y por el bien que hacía y por el espectáculo que presenciaba, él mismo se hizo bueno. «Yo, dijo un día, no conocía al pobre, y el pobre es el mejor amigo que puede tener uno en el mundo.» Hasta llegó á creer que daba poco, dando 50.000 duros al año, y quiso dar más: pero contra esto protestaron enérgicamente sus hábitos de orden y de ahorro; hubo sus luchas interiores, pero su economía triunfó. Y en esto... le sorprendió la muerte.

Llegó D. Pedro á la puerta de oro del paraíso, donde su inmortal tocayo, ayudado del Angel que pesa los méritos de los que llegan, ejerce su ministerio. Aquel día eran muchísimos los pretendientes; casi había que formar cola. Pero no era la tal cola como la que tantas veces había visto D. Pedro delante del mostrador de la oficina de cuenta corriente del Banco, ni como la que se forma delante de la taquilla de los teatros; más bien parecía la que constituyen los mendigos cuando se reparten bonos; ¡tan mal vestida y de tan pobre aspecto era la gente que la formaba!—«Vamos, pensó D. Pedro, mucha pobretería llega hoy á la Gloria.»

Una mendiga, de cara tan humilde como la humildad misma, estaba en aquel momento delante de la balanza. En uno de los platillos había una porción de cosas feas: en el otro había cosas muy bellas; pero era tan poco que apenas si éstas contrabalanceaban aquellas, y eso que el Angel ponía como al descuido su dedito de nácar y rosa en el fiel de la balanza, procurando inclinarla suavemente del lado del bien.

—Apenas llega, hija mía, dijo el Angel.

—Lo sé—repuso la mendiga inclinándose;—aún esas buenas obras que ahí

habéis colocado me parecen más abultadas que como yo las hice.

Pero en esto llega, hendiendo los aires con sus alas de luz, otro Angel; era el de la guarda de la mendiga. Traía en sus brazos á un pobre cojo de ambas piernas. Y apresuradamente lo colocó en el platillo de las buenas obras; el cual, cediendo al peso, levantó mucho el otro platillo.

—¿Qué es esto?—preguntó el Angel medidor.

—Es un desgraciado á quien esta infeliz mendiga ha pasado seis duros mensuales durante cuatro años.

—¡Seis duros!—exclamó San Pedro; y ¿de dónde sacabas esos seis duros, pobre mujer?

—¡Ah, señor!—contestó la mendiga—no eran míos; un gran señor, muy caritativo y muy bueno, me los daba á mí por medio de su administrador, y yo, como tenía bastante para vivir con los dos reales que sacaba de limosnas, tuve compasión de este desgraciado, y se los daba á mi vez. Sólo tengo un pesar: el de que ese desdichado se queda allá abajo, y quizá note la falta de lo que yo le daba, ó de lo que por mi conducto le daba el rico y caritativo D. Pedro de la Piedra.

El cojo pesaba tanto, que el platillo bajaba, bajaba y el otro subía, subía y daba volteretas en el aire, y se caían de él las malas acciones.

—Pero hay más—dijo el Angel de la Guarda, con su voz argentina y melodiosa como un arpa;—es que éste fué un criminal, y en su juventud mató al hombre honrado con quien esta infeliz tenía concierto de matrimonio; aquel crimen trabucó el destino y mató el porvenir de esta pobre mujer, la cual, en vez de ser la esposa de un trabajador laborioso y bueno, ha tenido que ser una obrera, y en su vejez una mendiga. Y hay más: es que esta mujer, después de haber pasado algún tiempo en el infierno de malas pasiones, llena de odio contra este cojo, por amor á Cristo lo perdonó, lo cogió en su casa cuando salió del presidio y le dió la peseta diaria que el administrador de D. Pedro de la Piedra le pasaba para que viviese tranquila, sufriendo que el administrador la riñese ó insultase, diciéndole: «Yo no sé dónde echa usted el dinero, debe usted beber aguardiente»: y por amor de Cristo ha sufrido que el cojo la pegase con las muletas y la llenase de improperios.

Todas las malas obras se habían caído de la balanza, la mendiga se había transfigurado en un ser tan bello y tan lumi-

noso como los ángeles, y el Angel medidor, dejando su oficio, corrió al nuevo Angel y lo cogió de la mano, cantando: «¡Ven, ven hermano mío, y entremos juntos en el Paraíso!»

Esta escena inefable presencióla don Pedro con doble alegría; porque pensaba: Si seis duros al mes que se ha gastado esta infeliz en socorrer á un pobre, le han valido triunfo tan señalado, ¿qué no han de valerme á mí los 50.000 anuales que me he gastado durante diez años?

Y así se adelantó muy ufano, llevando en la diestra un talón del Banco, representativo de los 500.000 duros á que ascendían sus caridades. Y sin esperar á que el Angel arreglase el peso, lo colocó en el platillo de las buenas obras.

Volvióse el Angel, y con el batir de sus alas movió un poco de aire, y volóse el talón del Banco.

D. Pedro se bajó á cogerlo, pero el Angel, muy severo, le dijo:

—Quita de ahí ese papelucho; eso no vale nada, ni nada pesa.

—Cómo, señor—exclamó angustiado D. Pedro;—500.000 duros en obras de beneficencia no valen ni pesan nada? Pues á la inteliz que hace poco estuvo aquí, ¿no le han valido y pesado tanto los seis duros que son una parte mínima de esta cantidad que yo presento?

El Angel se sonrió como sólo saben sonreirse los Angeles, y dijo á don Pedro:

—Nada de lo que traes, amigo, te sirve para nada; sólo te han valido las súplicas de esa mujer á quien tú no conocías siquiera, contentándote con socorrerla por medio de tu administrador. Por los ruegos de ella volverás al mundo, y allí tendrás tiempo suficiente para pensar en lo que acabas de ver ahora, y para que reflexiones sobre la diferencia que hay entre cómo tú das cincuenta mil duros al año y como daba esta mujer seis duros mensuales.

Y desapareció el Angel, y... D. Pedro despertó encontrándose en su lecho, y comprendió que no se había muerto; había soñado.

Empezaba á despuntar el día, y oíase á lo lejos la campanita de una iglesia tocando al alba.

¡Cantemos á los humildes que, no teniendo apenas el pan indispensable para el cotidiano alimento, encuentran sin embargo el modo de ser espléndidamente caritativos!

minuto hasta al aspirante para presentarse sobre cubierta al oficial de guardia.

—Caballero, váis á embarcaros inmediatamente en la lancha; dirigíos á tierra y entregad este pliego, en mano propia, al embajador de Francia.

—Os ruego que me concedáis dos minutos, responde el alumno avergonzado de su traje, echando una mirada desconsoladora á la gorra que tiene en la mano por no poderla tener en la cabeza á causa de serle estrecha.

—¡Bah! así estáis bien; ídos. ¡Un aspirante! ¡Ya se sabe lo que es un aspirante!

Pero si el oficial es severo, contesta de este modo:

—Mereceríais ser arrestado por el traje que lleváis; cuando se está de guardia debe tenerse puesto un uniforme decente á fin de hallarse pronto para bajar á tierra á la primera indicación.

Y el alumno de marina, que dos noches antes llamaba la atención en el baile del embajador por la elegancia de su traje, se resigna á presentarse de aquel modo.

—Si se tratase de vigilar el baldeo, del braceo, de hacer aguada ó lastre, estaría bien con este uniforme; ¡pero ir así á la embajada!

Y salta tristemente á la lancha.

¡Inesperada felicidad! El muchacho de cámara le alarga por sobre la amura una mu-

—No, señor Edmond, no lloro.

—¡Ah! bravo; ven acá. Bébetes en recompensa esta copa de ron, pero de un solo trago, y silba después.

(Prolongadas risas).

—¡Señores! ¡señores! ¿Se trata de reír cuando estamos... aniquilados?... Esto es espantoso.

Muchas voces. ¡Pues qué ocurre?...

(Silencio absoluto).

—El segundo quiere arrestarnos á bordo á todos, según me dijo anoche el comisario durante mi cuarto de guardia.

—¡Ah diablo!

—¿Y por qué?

—¡Yo que pensaba ir hoy al baile!...

—¡Yo tenía una cita con Pamela!

—¡Ferragus, nos apestas con tu Pamela!

—¡Abajo Pamela!

La voz de falsete. ¡Una copla á Ferragus y Pamela!

Todos en el tono del aria de Roberto el Diabolo.

¡Cigâ-hall! ¡Cigâ-hall!

Cigale á Maía

¡Ci-higall! ¡Ci-higall!

¡Ci-higal á Maía!

¡Ha! ¡ha! ¡ha! ¡ha! ¡ha! ¡ha! ¡ha! etc., etc.

El grito *Cigale á Maía* es un apóstrofe de burla entre los pilletes de Brest. Durante

los más serios estudios que deben formar parte de nuestro *cuadro marítimo*.

Hay puestos de alumnos, cuadros de oficiales y residencias militares, en los cuales, así como en todas las reuniones de hombres, en todas las familias y hogares, abundan más los malos que los buenos.

Mas, felizmente, aún hay algunos buenos.

A bordo de *La Brillante*, por ejemplo, reinaba una franca alegría entre Julio Renaud y sus compañeros. El único disgusto de aquellos jóvenes llenos de jovialidad, consistía en la extremada severidad del segundo comandante, al que por esta circunstancia, apellidaban el *Sanguinario*.

El segundo exigía el silencio, y los alumnos adoraban el estrépito. Este era el origen de todas las catástrofes. Así es que muy frecuentemente, en lugar de bajar á tierra y pasar la noche en casa del contador Mr. Desgalets, ó de mamá *Titine*, la lavandera, ó en la tertulia del gobernador, Ferragus, Arthur Davis, Edmond, jefe del puesto, el mismo Julio Renaud, estaban arrestados en la bodega de la corbeta.

La vida de los alumnos á bordo ha de ser necesariamente ociosa; pues ¿cómo trabajar en medio de aquellos muchachos que cantan á voz en grito, comen durante todo el día, tocan la flauta y beben vino caliente? Más fácil es imitarlos y habituarse á aquella pe-

CORREOS

Nota relativa á las salidas y entradas de los correos de esta Capital.

Salidas

Lunes, dos tarde, para Barcelona (vía Sóller).
 Martes, cinco tarde, para Barcelona (directo).
 Miércoles, nueve mañana, para Ibiza y Valencia; y dos tarde, para Mahón (vía Alcudía).
 Jueves, ninguna.
 Viernes, cinco tarde, para Barcelona (directo).
 Sábados, nueve ma.ª para Ibiza y Alicante.
 Domingos, dos tarde, para Barcelona (vía de Alcudía.)

Entradas

Lunes, nueve mañana, de Barcelona (vía de Sóller); y de Mahón (vía de Alcudía).
 Martes, nueve mañana, de Ibiza y Alicante.
 Miércoles, nueve ma.ª de Barcelona (directo).
 Jueves, diez mañana, de Barcelona (vía de Alcudía).
 Viernes, dos tarde, de Ibiza y Valencia.
 Sábados, nueve ma.ª de Barcelona (directo).
 Domingos, ninguna.

Servicio directo entre Mallorca y Menorca

De Palma para Mahón, los sábados, 5 tarde.
 De Mahón para Palma, los martes, 5 tarde.

DILIGENCIAS

Puntos de parada y horas en que salen las diligencias correos de esta capital para los pueblos del interior de la isla.

Pueblos	P. de paradas	HORAS	
		Salidas	Llegd.
Andraitx.	Pelaires 98	2 tarde	7 m.
S' Arracó.	Pelaires 98	2 "	7 "
Capdellá.	Santacilia	2 "	8 "
Calviá.	Santacilia	2 "	8 "
Esporlas.	P. del Olivar	2 "	9 "
Establiments.	P. del Olivar	2 "	9 "
Estallenchs.	P. del Olivar	2 "	9 "
Bañalbufar.	P. del Olivar	2 "	9 "
Puigpuient.	P. del Olivar	2 "	9 "
Valldemosa.	S. Miguel, 84	2 "	8 "
Deyá.	S. Miguel, 84	2 "	8 "
Sóller.	S. Miguel, 80	2 "	8 "
Buñola.	S. Miguel, 80	2 "	8 "
Lluchmayor.	Bauló, 6	2 "	8 30
Santañy.	Bauló, 6	2 "	8 30
Campos.	Bauló, 6	2 "	8 30
Sansellas.	P. de S. Antonio	2 "	8 30
Sta. Eugenia.	P. de S. Antonio	2 "	8 30
Felanitx.	Mercadal, 13	2 "	6 m.
Algaída.	Mercadal, 13	2 "	6 "
Montuiri.	Mercadal, 13	2 "	6 "
Porreras.	Mercadal, 13	2 "	6 "

Ferro-Carriles

Servicio de trenes para viajeros que regirá en los caminos de la Compañía desde el 10 de Noviembre de 1897.

De Palma hasta Manacor y Felanitx, á las 7:55 mañana y 2 tarde.
 De id. hasta La Puebla, á las 7:55 mañana, 2:30 y 5:30 tarde.
 De Manacor hasta Palma, y La Puebla, á las 6:45 mañana y 5 tarde.
 De Manacor hasta Felanitx á las 6:45 mañana.
 De Felanitx hasta Palma y La Puebla á las 7 mañana y 4:45 tarde.
 De Felanitx hasta Manacor á las 7 mañana.
 De La Puebla hasta Palma á las 7:12 mañana y 5:15 tarde.
 De La Puebla hasta Manacor y Felanitx, á las 7:12 mañana y 1 tarde.
 De Inca hasta Palma, á las 6:40 mañana.

ÚLTIMAS COTIZACIONES

MADRID	
Aduanas	73'50
Filipinas	60'50
4 pº perpetuo interior.	46'00
4 pº exterior.	56'75

4 pº amortizable	54'00
Cubas (90).	45'25
Cubas (86).	54'25
Banco de España	294'50
Tabacos	196'00
Francos	00'00
Libras	00'00

BARCELONA

4 pº perpetuo interior.	00'00
4 pº perptiuo exterior	00'00
4 pº amortizable	00'00
Cubas (86).	00'00
Cubas (90).	00'00
Ferro-carriles del Norte	00'00
Paris	00'00
Francias	00'00

PALMA

Crédito Balear	59'00
Cambio Mllorquin	3'00
Fomento Agrícola	70'00
Ferro-Carriles de Mallorca	40'00
Almbrado por Gas.	81'00
Salinas de Ibiza	220'00
La General Mallorquina	00'00
Bonos Municipales	35'50
La Islaña Marítima.	58'50
B. de P. y Caja de Ahorros	00'00

ANUNCIOS

Establecimiento

Tipo-Litográfico

Amengual y Muntaner

Librería

y Encuadernaciones

Esta casa, que puede considerarse la primera de Palma en su clase, por la extensión de sus negocios y por la multitud de ramos á que se dedica, sirve á sus numerosos parroquianos con presteza y moderación en los precios; cuantos encargos se le confían.

Se hacen toda clase de trabajos tipo-litográficos sean de la clase que fueren: acciones para sociedades de crédito, títulos nominativos y al portador, láminas de emisión de valores, billetes de Banco, bonos y demás que abrazan las operaciones financieras, pudiendo hacerse estos trabajos á diferentes tintas hasta el número de diez. Tarjetas para visita, de infinita variedad de clases: imitación de marfil y madera con canto dorado, de luto, de medio luto con modelos de varios caprichos y ordinarias con emblemas de las profesiones que se quieran. Talones de todas clases y modelos para la recaudación del impuesto de consumos. Esquelas y tarjetas de defunción de numerosa variedad en clase y estilos. Toda clase de impresiones para Ayuntamientos, Juzgados de instrucción y municipales. Correos, Obras Públicas, Empresas mercantiles, Comercios, Tiendas de despacho cualquiera sea y servicios caseros. Rótulos y etiquetas para envases de vinos, licores, confituras, aimbares, frutas en conserva y toda clase de elaboraciones de comestibles y líquidos; se imprimen con tinta negra ó de colores ó á varias tintas; también se trabajan para cajas de calzado y para usos análogos. Facturas de la clase, tamaño y forma que se pidan impresas con tinta común ó con tinta comunicativa. Carteles de todos tamaños para anuncios de funciones de teatros, toros, salidas de vapores, fiestas públicas y espectáculos de todos órdenes. Estos carteles pueden ser impresos tanto á una sola tinta como á varias, con emblemas ó sin ellos. Entradas, prospectos, programas, invitaciones y demás documentos propios para propaganda ó anuncio de dichas funciones, bailes y espectáculos caseros. Circulares para casas de comercio y para los particulares, hojas sueltas, anuncios para repartir á domicilio, etc., etc.

Los trabajos se presentan al finalizar el plazo señalado para su terminación.

Conquistador, 30; Maimó, 9 á 11 y Cadena, 2.--Palma de Mallorca.--Sucursal en Inca: Rectoría, 12

reza razonada. Se come, se bebe, se hace el servicio y algunas veces se leen novelas.

En todos los puestos de alumnos encontraréis indefectiblemente debajo de un armario destinado á los octantes, muchos volúmenes de los amores del barón de Foblas, del compadre Mateo, de las obras de Pirón, en unión de las de Bezout y las canciones de Beranger.

Imposible es formar idea de un desorden mayor y menos aparente que el de cualquier puesto de alumnos. La autoridad de á bordo les obliga á tener cierta apariencia de orden; pero no abráis cajón alguno so pena de retroceder horroizados. ¡Cuán teatral no es el golpe, sobre todo en los países cálidos, cuando se presenta el pilotín á llamar al aspirante de servicio en nombre del oficial de guardia! Hállanse metidos en su hornocámara y vestidos con ese sencillo traje que por costumbre se ha dado en llamarlo bata de guardia-marina (camisa).

¡Mozo! grita el desdichado sorprendido en semejante negligé; ¡mozo! un pantalón, botas, la chaqueta, el sable; ¡vamos! ¡vamos! ¡muévete!

El mozo, ó muchacho de cámara, se sumerge en un baul tantas veces como objetos le han pedido; pero las botas son grandes, el uniforme estrecho, el pantalón sólo llega al tobillo... ¿qué importa, sin embargo? Un

—¡Voto á quinientos truenos! ¡Escuchad! ¡escuchad! ¡silencio!

Coro de aullidos.

Escuchemos,

admiremos,

este bravo

militar... etc., etc.

Una voz de estentor. ¡Silencio!

Una bocina. ¡Señores, tengo que decirós una palabra; una sola palabra!...

Un tenor. A la luz de la luna

los aspirantes,

la morena y la rubia...

Un baritono. ¡Conocido! ¡conocido! Tan viejo como Matías; de noche todos los gatos son borrachos.

Algunas voces. ¡Bravo! ¡bravo! ¡Tomo nota de la variación!

Una voz de falsete. ¡Cartahu! hace dos horas que te estoy pidiendo pan y te voy á dar cincuenta azotes....

Un muchacho de cámara que llora. ¡Ji! ¡ji! ¡No lo había oído!

Un muchacho riéndose. ¡Ja! ¡ja! Cartahu, ¡estás llorando! ¡Bueno es eso en un mayor-domo de aspirantes!

da completa, y á pocas brazas del buque el desorden del uniforme queda remediado, y el aspirante empieza á encontrar dulce una misión que le entristecía y que ahora prolongaría cuanto pudiese para divertirse en tierra.

Mas trasladémonos á la Brillante; á un espacio cuadrangular alumbrado por una ancha abertura.

Escotillas de iguales dimensiones se ven abiertas unas sobre otras en todos los puentes; bajo nuestros piés se ve otra cerrada con una reja y fuertes barras de hierro encadenadas. Estamos sobre el almacén del vino: basta para darlo á conocer el olor que de allí se exhala. Detrás tenemos la cámara de los oficiales; á la izquierda, ó sea á babor, vemos el camarote de los cirujanos, cuya puerta está cerrada; á la derecha, esto es, á estribor, está la puerta del puesto de los aspirantes, del cual solo vemos el exterior.

Una cortina de cotonia á cuadros blancos y azules nos impide ver una multitud de personas sentadas á la mesa; es la hora del almuerzo. Mil clamores nos aturden, sonando en medio del ruido de vasos, platos y tenedores; una mescolanza indescrptible de juramentos, imprecações, risas, cánticos, discusiones y disputas nos ensordecen los oídos.

—¡Os digo que no soy yo!

—¡Muchacho, un cuchillo!